

Los civilizados y los bárbaros

Edgardo Lander

Edgardo Lander: sociólogo venezolano, investiga temas relacionados con geopolítica del conocimiento, eurocentrismo, teoría democrática, democracia en América Latina, ciencia, tecnología y política. Último libro publicado (como editor): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Unesco / Clacso, Buenos Aires, 2000.

Palabras clave: eurocentrismo, hegemonía discursiva, racismo, colonialismo.

Los debates públicos posteriores al 11 de septiembre de 2001 muestran cómo los dispositivos clasificatorios coloniales preservan su eficacia operativa. Se ejerce un monopolio discursivo que distribuye valores y argumentos de convalidación y condena. Una de las consecuencias de la experiencia colonial es la interiorización, por parte de los dominados, de la inferioridad donde los pone el discurso dominante.

Todo acto de terrorismo realizado en contra de civiles inocentes es un atentado brutal contra la vida y la dignidad humana. Aun en los casos en los cuales éste sea realizado en nombre de los dominados y los oprimidos, es una imposición no democrática que trae como consecuencia el sometimiento de los oprimidos a nuevas formas de violencia y subordinación, frenando el desarrollo de sus luchas. Habría que preguntarse, sin embargo, si la indignación moral que recorrió al mundo ante los atroces acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 fue formulada desde una plataforma ética universalista de rechazo a toda violencia terrorista, en defensa, por igual, de la dignidad y la vida de todos los seres humanos. Lamentablemente no ha sido así. Es comprensible y está desde luego más que plenamente justificado que se produzca una profunda, sentida y generalizada indignación ante la matanza de miles de hombres, mujeres y niños. Sin embargo, cabe interrogarse por qué no se produce una reacción moral similar con otros muertos y otras expresiones tanto coyunturales como más cotidianas del sufrimiento humano en otras partes del mundo. ¿Será que hay unos lugares ocupados por seres humanos superiores que no es concebible matar, mientras hay otros inferiores susceptibles de dicha suerte? En las versiones más ampliamente divulgadas por los medios, esta indignación moral ha sido construida desde un lugar privilegiado de enunciación de sentido que expresa la continuidad básica del contenido racista y colonial que ha caracterizado al conocimiento eurocéntrico a lo largo de los últimos cinco siglos.

Una dimensión constitutiva medular de este régimen de saberes es el sistema global de clasificación racial que sistemáticamente, y por todas las vías posibles, ha establecido la superioridad de unos seres humanos (blancos, civilizados, occidentales, desarrollados), y la inferioridad de otros (negros, indios, orientales, salvajes, primitivos, tradicionales, subdesarrollados). Si algo resulta notorio en los debates públicos posteriores al 11 de septiembre ha sido la medida en la cual estos dispositivos clasificatorios coloniales preservan su eficacia operativa. Hay tres aspectos centrales de las relaciones entre *saber* y *poder* que atraviesan explícita o implícitamente el imaginario global de la *guerra contra el terrorismo* que merecen especial atención.

En primer lugar, se confirma que los medios de comunicación globales se han convertido en los lugares desde los cuales se construye toda *realidad significativa*. Lo que no pasa por las pantallas de la televisión global –especialmente CNN– no ocurre, no importa, no forma parte de la realidad, no entra a alimentar nuestra memoria. No se trata de una elaboración ingenua de la realidad: está

condicionada por las experiencias de vida e intereses de las minorías metropolitanas y de los centros del poder político y económico global. La mayoría de los acontecimientos humanos son meros hechos «locales» que, como tales, no entran en la historia ni en la conciencia global. Otros acontecimientos, igualmente locales, pero que se producen en otros sitios (considerados más importantes) son transformados en hechos globales. No se experimenta el mundo de la misma manera desde los campamentos de refugiados palestinos que desde los restaurantes de Manhattan y las oficinas de *The New York Times*.

En segundo lugar, en el conocimiento que se produce desde el poder continúa siendo medular la construcción racial jerárquica de los seres humanos. No todos los seres humanos parecen ser igualmente humanos. Hay unos que valen mucho, y otros que valen poco o nada. Hay habitantes del Sur (como los indígenas guatemaltecos, o campesinos africanos o del sur de Asia) que pueden morir por millones, por causas fácilmente evitables, o incluso como consecuencia directa de acciones de los centros mundiales de poder, y sin embargo ese sufrimiento humano es anónimo, gente sin cara, sin nombre, sin familia, sin historia; cuando más, estadísticas que cuentan cosas, no a seres humanos. No parecen haber merecido el estatuto de humanos los 500.000 niños que se calcula han muerto en Irak como consecuencia del bloqueo de los «aliados».

Una de las consecuencias más perversas y devastadoras de la experiencia colonial es la interiorización por los dominados de la inferioridad en que los ubica el discurso dominante. Es éste el dispositivo que opera cuando en América Latina se produce una indignación (plenamente justificada) por la masacre ocurrida en el Norte, que contrasta fuertemente con la indiferencia con la cual se reacciona ante las muertes y sufrimiento humano ocurridas en los propios territorios, especialmente si se trata de poblaciones indígenas o pobres.

El valor otorgado a los seres humanos depende no solo de su lugar en el régimen clasificatorio colonial, sino igualmente de su circunstancial ubicación geopolítica. Los kurdos pueden ser catalogados como seres humanos cuya dignidad tiene que ser protegida si son víctimas de Sadam Hussein. La misma población kurda desaparece por completo del radar de la preocupación humanitaria cuando son víctimas del genocidio llevado a cabo por un régimen de la OTAN como el gobierno de Turquía¹. Cuando Silvio Berlusconi, primer ministro italiano, afirma que la civilización occidental es superior al islam, y el presidente Bush caracteriza la guerra como una *cruzada* –con sus inevitables referencias a una confrontación global entre *cristianos e infieles*– solo cometen la indiscreción de decir públicamente lo que constituye el supuesto básico de todo el imaginario de la llamada guerra contra el terrorismo: la oposición maniquea entre *civilización y barbarie*, entre el *bien* y el *mal*, entre los superiores seres humanos de *Occidente* y los *otros*.

Una tercera dimensión del actual monopolio de la producción de sentido se refiere a la complicidad básica e inevitable del lenguaje en la construcción y el ejercicio del poder, esto es, la dimensión semántica de la guerra global. El significado de las palabras, de los conceptos, incluso de las categorías morales del bien y el mal depende del lugar desde el cual éstas son enunciadas. La *nueva lengua* tan agudamente caracterizada por George Orwell, ya hace más de medio siglo, es una dimensión constitutiva del ejercicio del poder global contemporáneo.

El uso que se hace de los conceptos de *fundamentalismo* y *terrorismo* en el debate internacional es, en este sentido, particularmente ilustrativo. El fundamentalismo, con toda su carga de negatividad, se refiere siempre a *otros*, actualmente al fundamentalismo en el islam. Por ello la derecha religiosa norteamericana, a pesar de su profunda intolerancia, no es incluida en la categoría fundamentalista. Tampoco la pretensión vaticana de imponer en forma universal su moral sexual que, negando el acceso a la educación sexual y a los derechos reproductivos de la mujer, aunque ello contribuya a la miseria de millones de seres humanos y a la propagación del sida, podría ser catalogada de

fundamentalista. Carece de sentido, desde esta perspectiva catalogar de fundamentalista a la visión mecánica y unilateral según la cual todas las dimensiones de la vida individual y colectiva deben ser sometidas a la lógica inexorable del mercado –independientemente de sus costos humanos.

El concepto de terrorismo no se refiere de modo alguno al carácter de la acción misma (muerte de civiles inocentes producida mediante actos violentos). Está definido estrictamente en términos de quién realiza la acción. Si es una acción ejecutada desde el poder –el Estado de Israel– nada tiene que ver con él. Se trata en este caso de la defensa de la libertad, del mundo libre, de la civilización, de Occidente. Los grupos que organizan la resistencia palestina a la ocupación militar de sus territorios son necesariamente terroristas. Las acciones de la «contra» en la Nicaragua sandinista y del talibán contra el *imperio del mal* soviético en Afganistán, son ejemplos de *freedom fighters*, herederos de la gloriosa gesta de la independencia de Estados Unidos, parte de la lucha universal del bien contra el mal. Poco importa cómo es la acción, ni cuántos muertos civiles e inocentes produce. Si, y este es el caso de los talibanes, los mismos grupos que han sido entrenados, financiados y armados por las agencias de seguridad de EEUU, utilizan esos mismos métodos de lucha en contra de intereses occidentales, pasan en ese mismo instante de la gloriosa categoría de luchadores por la libertad a la categoría execrable de terroristas, seres quienes «por sus propias acciones se han divorciado de los elementos que definen la civilización»².

Desde su privilegiado lugar de enunciación, el gobierno estadounidense asume para sí el derecho exclusivo de definir quién es o no terrorista. El etnocentrismo y la lógica amigo/enemigo no son patrimonio exclusivo del mundo colonial/imperial contemporáneo. Sin embargo, sus consecuencias son otras cuando, desde la extraordinaria concentración de poder económico, político y militar existente hoy en el planeta, se establece por primera vez en la historia un alineamiento obligado para todos: «En esta guerra no hay lugar para la neutralidad, o se está con nosotros o se está con el terrorismo». Todo país que no le dé su apoyo expreso a EEUU se convierte en terrorista o sospechoso de fomentarlo o cobijarlo. La guerra global contra el terrorismo es, en estas condiciones, parte de un proceso de recolonización del mundo.

Notas

1. En apoyo a esta guerra contra los «terroristas» kurdos el gobierno de Turquía se convirtió en el tercer receptor de armas estadounidenses, después de Israel y Egipto. Noam Chomsky: «Injusticia infinita: la nueva guerra contra el terror» en *La Jornada*, 7/11/01, México.
2. Palabras del presidente Bush en Shanghai en ocasión de la cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), en *The New York Times*, 21/10/01.